

VIAJES HACIA EL CORAZÓN

A la hora de abordar la producción de una obra de arte surge, en muchas ocasiones, un problema inicial: qué transmitir y cómo hacerlo. Habitualmente experimentamos la necesidad de comunicarnos, transmitir una idea, una sensación, una vivencia o un determinado sentimiento. Son muchos los recursos de expresión a nuestra disposición y, algunos, muy precisos. Sin embargo el lenguaje artístico, aunque puede hacerlo, no tiene la misión específica de comunicar estos conceptos.

La principal función del arte es la comunicación de un contenido: aquello que de inmortal hay en el ser humano, y que te permite establecer y potenciar una relación con lo absoluto. La obra de arte “toca” alguno de los arquetipos innatos al hombre, mediante los cuales se comunica algo del ser. Esto permite perpetuar los valores espirituales de la Humanidad y hacer que la obra de arte se convierta en un viaje interior, un viaje hacia el corazón del artista, hasta el corazón de la Humanidad. Es un viaje emprendido por el artista, como creador, al que, posteriormente, se invita al espectador.

Este contenido de vida se comunica a través de la belleza de la forma. A él también se puede acceder ayudado por una idea racional que se transmita en la obra de arte, y que servirá de pauta inicial en el comienzo del viaje interior.

La belleza transmitida a través de la forma es un elemento esencial de la obra de arte, no sólo, porque mediante ella se comunica el contenido, también, porque es uno de los atributos del ser. Esta belleza no se limita a la búsqueda de la simetría, del orden, o de la perfección. Implica una relación de opuestos; se produce por una relación entre el orden y el caos, la simetría y la asimetría, la perfección y la imperfección. Es, por lo tanto, también una relación de la belleza con la fealdad. La belleza participa de lo que consideramos fealdad y, junto a ella, constituye la obra de arte. Una obra de arte no realizada exclusivamente para la recreación de los sentidos. Una obra de arte principalmente dirigida al espíritu.

La función del artista es doble: por un lado debe transmitir y comunicar la belleza y, por otro, debe generarla. Un artista debe participar de las normas universales, ya existentes, de la belleza, descubiertas y asumidas a lo largo de la historia del arte, y usarlas en su creación. Pero, además, debe contribuir a producir alguna novedad para que la belleza se desarrolle. En ocasiones, puede transgredir alguna de ellas, ya que la finalidad que se persigue es evolucionar la norma, aunque, en apariencia, se vaya en contra de ella. Puede darse que esa norma que se transgrede, incluso que se rechaza, no sea verdaderamente una norma universal y atemporal de la belleza, sino parcial y ligada a una determinada época y concepción estética. Por esto el artista ha de ser, a un tiempo, transmisor y generador de belleza. Debe correr más veloz que ella.

El análisis de los conceptos que aparecen en estas obras nos lleva a una relación muy estrecha entre arte y vida: a una concepción de la pintura como un modo de aprender a vivir o como un conocimiento de la vida que se refleja en la pintura. A ellos se hace referencia mediante distintos elementos: las escaleras, como metáfora para aprender a vivir con uno mismo, con tus propios límites, aciertos y errores, sin necesidad de llegar a la meta para ser feliz; los signos de las instrucciones de uso, como alegoría del aprendizaje; las letras S y O, primera y última de la palabra "sueño", concebido como ideal necesario que ayudan a dar un sentido a la vida...

Éstos son sólo puntos de partida del viaje interior. Son sólo las pautas que, personalmente, me han permitido y me permiten, como creador y como espectador, realizar el viaje hacia el corazón. Quizás a alguien más le puedan ayudar, pero no son imprescindibles para realizar este viaje. Cada uno puede buscar su propio equipaje. Por lo tanto, lo que propongo no es seguir una senda, sino realizar el viaje. Viajar.

Ignacio Llamas